

OTRAS RAZONES

SEXO, DROGAS Y MENTIRAS LITERARIAS

Leo, a lo largo del año, numerosos manuscritos de jóvenes escritores. Se presentan a concursos literarios. Buscan editorial. Gran parte de ellos son monomáticos. Sexo burdamente tratado. Ambientes en los que las drogas campan por sus fueros. Es la moda. La misma que impulsa a conceder importantes premios a otros autores no tan jóvenes o a llenar las librerías y almacenes de obras de lo que se llama jóvenes valores. Al tiempo observo cómo muchos de ellos, que desean profesionalizarse como escritores, no han escuchado hablar de Stendhal, se ríen de personajes como Madame Bovary, apenas si les interesa Tolstoy o Dostoyevski. No es la incidencia en esos temas lo que me preocupa: el sexo es algo consustancial a la literatura, a la vida, sino el tratamiento. Superficial, casi anecdótico, inmerso en el recurso a la violencia (terrible el retrato, papel de la mujer en estas obras, su condición de objeto sexual o su aceptación de víctima propiciatoria de unas leyes que parecen eternizar, subliminalmente, el orden de amos y esclavos). La no profundización en los personajes, la inexistencia de tiempos que vayan explicando sus vidas, sus caracteres, que busquen incidir en el desarrollo, análisis de sus actos, enmarcándolos al tiempo en circunstancias políticas, sociales, culturales, concretas. Es la moda literaria. Una vez me dijeron importantes editores: la literatura que a ti te interesa ha alcanzado su techo, tiene ya sus lectores fijos, se ha estancado. Hay que buscar nuevos lectores, gentes que nunca leen y que son la inmensa mayoría... Son los que llenan las discotecas, pueblan las plazas, calles, bares, los fines de semana, cientos de miles de personas que tienen un lenguaje distinto, empobrecido, pero en el que se reconocen y habitan. Vidas rápidas, que no cuestionan el tiempo ni la historia, de consumo coyuntural. Es a ellos a quienes hay que darles «sus» novelas, en las que se identifiquen, en las que se vean retratados. ¿Comprendes la exigencia de llegar a ese público? Claro que no pueden leer «Guerra y Paz» o «La Montaña Mágica». Pero si obras escritas a todo ritmo, de secuencias rápidas, de títulos concretos, chúpame, fóllame, engánchame, máteme, etcétera, etcétera. Ahí encontraremos tiradas de 20, 50, cien mil ejemplares. Se lanzan, se usan y desaparecen. Pregunté: ¿Entonces hoy rechazarais publicar a Kafka, a Joyce, a Canetti? Se encogieron de hombros. Y al fin argumentaron: algunos lo siguen haciendo: eso siempre se destina a las minorías.

Y en el sexo, la droga, tratados coyunturalmente, coinciden el joven desarraigado y la gran burguesa, el burgués cínico y la joven agresiva. Aquí no hay clases, sólo búsqueda del triunfo fácil y pasajero acunado por los mismos que especulan, que vienen especulando desde hace años con esta situación. A veces se ofrecen estadísticas. Papel mojado. Millones de mujeres, niños, son utilizados al servicio de esta miserable industria. Plantaciones enteras para la otra. El sexo y la droga enferman, empobrecen, asesinan a sus víctimas, pueblos condenados al hambre y al paro. Mientras los especuladores que los tratan se enriquecen con su comercio. Por lavan sus conciencias organizando de vez en vez cuestiones limosneras o congresillos moralizantes. Y la literatura, tratada así como simple mercancía, va deteriorando su propio lenguaje. Apoyada en campañas publicitarias, en apoyos mediáticos que se prestan a su vulgarización. Porque nin-



gún tema ha sido, debe ser ajeno al cuerpo literario. Pero si ha de cuidarse el tratamiento que de ellos se haga. La reflexión, la belleza, el análisis, el rigor, el deslinde entre el sueño y la razón, quedan así pisoteados por estos pobres, rápidos reflejos de lo que se llama actualidad tratados—naturalmente que existen excepciones, hablamos siempre de la norma que afortunadamente algunos consiguen vulnerar—de forma espúrea y chabacana. Y quienes sólo hablan de beneficios, lo más urgentes y copiosos posibles, nos recuerdan a los depredadores de toda la vida animal y humana y de su casa, la naturaleza. ¿Envenenar ríos, contaminar alimentos, quemar bosques, reducir la capa de ozono, no es acaso el complemento de angostar las conciencias? Que éstas dejen de ser críticas. Porque la mentira literaria lleva también a la pasividad, al aniquilamiento de la belleza, a la sociedad uniforme que otros escritores han denunciado desde el principio de ese maravilloso río que es la literatura y que afortunadamente cuenta todavía con afluentes que la purifican para que algunos, aún en la soledad, nos sintamos más libres, más humanos.

Andrés SOREL

IMAGEN CLÁSICA DE LEWINSKY

Ciertos fragmentos eróticos de algunas obras de la Antigüedad Clásica, como algunas comedias de Aristófanes, bastantes epigramas procaces de la Antología Palatina, una docena de poemas de Catulo, dos centenares de epigramas de Marcial, el poema VII del Liber Secundus de Propertio, y algunos episodios de novelas latinas, griegas y bizantinas, nos revelan con un intenso daror que los usos sexuales, las determinadas formas de hacer el amor, de acoplarse, perfectamente expuestas con frenes taxonómico en el Kamasutra del sabio Vatsyayana, se relacionaban con determinadas órdenes o estamentos sociales, o incluso con las clases que agrupaban a las centurias en los comicios. El hombre no hacía el amor como le pluguiese, sino de acuerdo a la jerarquía social que ocupaba. Es así que las formas de hacer el amor que todos conocemos y las que en el ardor de la pasión usamos de forma variada no son hijas de la imaginación caprichosa o del deseo sexual, sino que representan usos sociales insertos en determinados grupos humanos.

No puede ser sólo fruto de la casualidad que Catulo y Marcial, por ejemplo, adjudiquen siempre a determinados prosopónimos deter-



minada tipología sexual, sin que jamás un mismo prosopónimo sea sujeto de una actividad sexual distinta. La rigidez de las pautas sexuales es tan nítida que podríamos usar un estructuralismo binario basado en la oposición actante/paciente, como el que utilizó el príncipe de Trubetzkoy en sus estudios de fonología, para encasillar a todos los tipos humanos que integran una sociedad —la romana, en este caso—: «Fututores» frente a «defutataes», «Fututrices» frente a «fututi», «pedicadores» frente a «Pathici» y «pathicae», «irrumutores» frente a «fellatores» y «fellatrices», «cunni linctores» frente a «cunnum linctae».

En principio, las relaciones sexuales entre el amo y el esclavo siguen el modelo de dominio dictado por la estructura de clases. El esclavo, generalmente un muchacho hermoso, debe ser el compañero pasivo de la relación sexual que establece con su amo. El esclavo se puede definir «políticamente» como un dador de placer. La relación inversa, es decir, que el amo sea el sujeto paciente es criticada de forma feroz por toda la literatura erótica. Es la propia estructura política, en Roma a través del «mos maiorum», las Leyes de Rómulo y los principios de Bruto y Catón el Viejo, la que sitúa como paciente al esclavo frente al amo, a la esposa frente al marido. Y toda inversión de papel en estos temas es objeto inmediato de intensa crítica social y del consiguiente castigo del censor. El edificio jerárquico de la sociedad se pone en gravísimo peligro cuando uno incumple con su papel. La sodomización de jóvenes esclavos y de prostitutas es una práctica normal. Pero la homosexualidad pasiva, tanto en la vertiente de la sodomía como en la felación, o la gratificación genital a las mujeres mediante el cunnilingus, se consideran prácticas perversas en toda literatura erótica si su papel lo desempeña un adulto libre. Tampoco la estructura social permite al hombre libre hacer el amor «en igualdad» («bestia de dos espaldas», que decía Shakespeare) con sus esclavas, pues este amor, tal como señala Marcial, entraña un peligro tan grande que puede trastocar las jerarquías, y el amo pasar a esclavo, y la esclava a ama («Urit et excruciat dominum Telethusa priorem/Vendidit ancillam, nunc redimit dominam»). También se rechaza la sodomización de una mujer libre, a no ser que sea una prostituta.

Además de estas rigideces en los hábitos sexuales, la Ciudad Antigua toleraba las relaciones homoeróticas entre los varones más jóvenes y los más mayores, en cuanto que este tipo de homosexualidad conllevaba grandes ventajas eugenésicas. No olvidemos que para Aristóteles el momento ideal para engendrar se sitúa en los treinta y siete años, cuando el varón empieza a perder velocidad en la carrera. Esta homosexualidad eugenésica está diamantamente expuesta por Antonio García Trevijano en su revolucionaria obra sobre las razones del Arte en el Renacimiento, que verá la luz muy pronto.

Es así que los hábitos sexuales proceden de usos políticos en cuanto entrañan relaciones de poder. Paradigma patente de todo esto es el affaire Clinton-Lewinsky.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

LA DECISIÓN DE FOMENTO

Mucha polvareda ha levantado el plan de autopistas subterráneas del alcalde de Madrid. Pero mucha más sorpresa causó en el mentidero que el ministro de Fomento, Rafael Arias Salgado, estuviese, codo con codo, apoyando a Álvarez del Manzano en el acto de presentación.

También Juan Bravo se preguntó por los motivos de esa presentación al alimón, de la que el espía paraguayo dice saberlo todo. Y asegura que la clave está en la futura red de autopistas de peaje (que se harán en paralelo a las carreteras nacionales), que el Ministerio proyecta construir para facilitar los accesos a Madrid. El espía apunta que el Ayuntamiento presentó una alegación formal contra ellas porque, según de-

cían, le iban a llenar la ciudad más rápidamente de coches y no le facilitaban soluciones para reducir el atasco.

Así que, cuando el alcalde tuvo ya listo su plan, no hizo falta más que poner, uno junto a otro, los dos proyectos para comprobar que estaban hechos el uno para el otro. Miel sobre hojuelas. El Ministerio puso a trabajar a sus técnicos y decidió apoyar al alcalde hasta el final.

La verdad es que estos espías mienten mucho y que no hay que hacerles caso en todo. Por ejemplo, cuando dice que Arias Salgado estuvo junto al alcalde para dar en las narices a una tercera persona. Sueños de espía. Nada serio.

Juan BRAVO

